

Joaquinito Diez Canedo,
errata de Guadalupe Záizar

El caos foxista, hunde hasta al Fondo de Cultura Económica

MANUEL ACEVES

No ha mucho, denuncié que la piratería editorial no estaba en el plagio, sino en el régimen de regalías, de tantos más, cuantos menos libros vendidos, el diez por ciento al autor, pagadero anualmente.

Y así, creyéndome un bestseller consagrado, me presenté en la Editorial Grijalbo para cobrar 200 mil pesos, o más.

–Su libro no se vendió –me dijo Estercita Laguna, con tan convincente expresión, que los genitivos se me contrajeron–, no dio ni para los gastos de distribución, nos debe incluso el adelanto...

–¡Cómo, si a los seis meses no había uno solo en la Ghandi, ni en El Sótano, ni en El Parnaso! –aunque deprimido por la infausta noticia, todavía repliqué.

–Vea –me mostró un inventario–, de dos mil editados, hay una devolución de mil 800....

–Momento, ¿qué no fue por cinco mil ejemplares el convenio?

–No, el editor fija la cantidad, según la demanda de catálogo.

Por lo común, toma un año dictaminar un libro y otro tanto para recibir cinco mil pesos “a cuenta de regalías”, con la firma de un leonino contrato de cesión incondicional de derechos por un lustro, un decenio o a

perpetuidad; agréguese un año más para su publicación, y al cuarto de esperar el salario retenido, ¡resulta que nadie te leyó!, pese a la buena crítica, reseñas y entrevistas en La Jornada Semanal, El Búho, Sábado, XEW, Canal 13, etcétera.

–No es posible –clamé en el WC, para que nadie me oyera, porque es insufrible la pena de sentirse fracasado como escritor–, si en todas partes salió lo que



Guadalupe Rosas

dijo Luis Barjau: “Alquimia y mito del mexicano es un libro notable... Sigue los mismos pasos de un ensayo clásico: enuncia, conjetura y concluye... Hay lo que se dice buena pluma; qué cosa es, si no un texto cuyas frases no hay que repasar pues el lector olvida que vaga por un universo escrito”, etcétera.

–Su libro es un total fracaso –me dijo por teléfono Estercita, para evitarme la molestia de ir hasta Polanco a cobrar mis siguientes regalías–, nos estorban en la bodega mil 500 tomos, pido su autorización para rematarlos a un comprador de bibliotecas, al precio de cinco pesos el ejemplar, ¿cuántos quiere usted al mismo costo??

–Ah, mándeme 50, a cuenta de las regalías de cinco pesos... Y dígame a Ariel Rosales que si mañana no me devuelve mis derechos autorales, publicaré en los medios la historia de sus fechorías en Hipp’70, la Editorial Posada y en Grijalbo.

Al mediodía siguiente, obraba en mi poder una carta con la devolución de mis derechos patrimoniales de autor.

De todas formas, se publicó la historia de Calibán Rosales y que un fantasmal “comprador de bibliotecas” es el usufructuario de la triple o cuadruplicada cuota de plusvalía –quizá la más cuajada de trabajo acumulado–, generada durante mil noches y mil más por el insomnio, la sobaquina y el enfisema, la riqueza no remunerada al escritor, retenida durante años y sin percepción de intereses, y por último, menguada a la décima parte de cinco pesos.s.

Exactamente esto mismo me ocurrió en Joaquín Mortiz –decía también en esa denuncia–; después de formar luenga fila entre muertos de hambre pero famosos, un viernes, frizando las seis de la tarde para que nadie pudiera cambiar su chequecito, tampoco hubo nada para mí; y esperé al editor para que me aclarará el porqué.

–Cabrón –me dijo, entre regüeldos de coñac, Joaquinito Diez Canedo–, tu cagada de libro no pegó, ni pagó siquiera la distribución, una chingada interesa Jung, de tres mil ejemplares, dos mil 500 los rematamos

a cinco pesos con un comprador de bibliotecas; pero para que veas que soy cuate, voy a pagarte toda la edición con 300 volúmenes..

No tuve el valor de venderlos por kilo; un cuate jipiteca me hizo lugar en el tianguis del Chopo, y allí los realicé en tres domingos: ¡Órale, ya salió su Jung de bolsillo, lléguenle mis carnavales, a diez barítonos diez, dos por quince con dedicatoria!

A los pocos días, corrieron de Planeta a Joaquinito por incompetente y huevón; se la pasaba todavía de playboy londinense –en Inglaterra estudió física nucleotónica, no diseño gráfico ni tipográfico–, desayunaba, comía y cenaba con autoras, con cargo a la compañía..

Como una piedra que rueda, al jilipollas se le veía vagar desempleado, agarrando ocasionalmente cualquier hueso, que en seguida perdía por dormirse en la creación de la fama.

Inconcebiblemente, hoy es el director editorial del zozobranste Fondo de Cultura Económica, gray eminente, brazo derecho, asesor y confidente de la directora general, Guadalupe Záizar.

Joaquín Diez Canedo Manteca, su señor padre, es el inventor de la leyenda del “comprador de bibliotecas”, que sustituyó el cuento aquel de que los libros devueltos pasaban por la guillotina y se vendían a diez pesos la tonelada.

acevesrollingstoned@yahoo.com

